

Prácticamente, 1960 ha sido el año de la independencia de África; algunos países hablan tenido acceso a ella un poco antes, otros después, otros no han llegado.

# AFRICA

## CONTINENTE DE LO PROVISIONAL

**T**RECE golpes de Estado en trece años es, hasta ahora, el balance que ofrece África desde su independencia. Esta ebullición crece de una manera uniformemente acelerada. Desde el primero de estos golpes de Estado —el de Naguib, en Egipto— hasta el segundo —el ejército sudanés toma el poder en 1958— transcurren seis años; en cambio, los últimos dos meses por sí solos nos han ofrecido cinco golpes de Estado militares: el Congo (25 de noviembre de 1965), Dahomey (22 de diciembre), República Centro Africana (1 de enero), Alto Volta (3 de enero) y, ahora, Nigeria. Son golpes rápidos, apenas cruentos, de técnica sencilla. En un breve diccionario humorístico que Georges Henein publica en «Jeune Afrique», escribe: «Revolución: episodio nocturno que no perturba

el sueño de las poblaciones y que favorece la carrera de los periodistas». Cinco golpes de Estado en dos meses, sin contar el «golpe de Estado blanco» que ha dado la independencia unilateral y racista a Rhodesia, es una cifra que debe preocupar. Muchas veces acudimos, para explicarlos, a las grandes causas mundiales: la influencia china, la acción soviética, los dólares americanos, la acción subterránea de la C. I. A. Existen sin duda estas acciones: el tercer mundo es un campo de batalla más en el confrontamiento global al que estamos asistiendo desde hace años. Pero cualquiera de estas acciones es posible porque existe también un terreno movedizo, un fondo político brumoso, una economía deficitaria, unas poblaciones angustiadas por el hambre y decepcionadas generalmente en las esperanzas que les

# CINCO GOLPES DE ESTADO EN DOS MESES

dio la independencia: todo ello produce, sin duda, esta situación especial, que durará mucho tiempo aún. Si volvemos la vista atrás y pensamos en los siglos de lucha que le costó a Europa la etapa histórica que se denomina de constitución de nacionalidades no tenemos motivos para asombrarnos de lo que sucede en Africa.

## los africanos

Prácticamente, el año 1960 ha sido el año de la independencia de Africa; algunos países habían tenido acceso un poco antes, otros lo han tenido después, algunos no han llegado todavía. Pero el gran bloque negro se consideró independiente a partir de ese año, en que se proclamaron libres 16 países. La población africana representa algo menos de la décima parte de la población mundial; pueden ser en estos momentos de unos 300 millones de habitantes. No se puede contar más que con cifras aproximadas: en la mayor parte de los países africanos no existe el registro civil, o es de nuevo cuño; los censos son defectuosos y los gobiernos facilitan cifras a veces exageradas con objeto de dar una versión mayor de su potencia humana y de sus necesidades alimenticias. Por ejemplo, Etiopía se presenta a sí misma como una nación de 30 millones de habitantes, mientras que las estadísticas de la ONU no le conceden más de quince. Nigeria es sin duda el país de mayor población, pero no se cree que alcance realmente los 55 millones que reivindica su censo de 1964, hecho para favorecer la región dominante del Norte del país. Esta población africana está repartida de forma irregular. La media de 8 habitantes por kilómetro cuadrado no expresa la realidad de la concentración de poblaciones en las zonas costeras y los enormes vacíos del desierto o de las junglas, que han sido siempre los enemigos naturales de los africanos. Hay un éxodo continuo del campo a la ciudad, donde la vida parece más fácil y más atractiva. Sin embargo, un 90 por ciento de la población vive de la agricultura, que es uno de los índices máximos del subdesarrollo. Una enorme variedad de culturas, religiones y razas separa estas poblaciones. En el norte dominan las razas cau-

La limitación de la educación de los africanos se ha realizado en tanto que eran necesarios como simple mano de obra para las potencias europeas.



Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

casianas —blancas— con dominio semítico: son los árabes, principalmente; la religión es musulmana. En el sudoeste están los hotentotes, los bosquímanos; en el centro, una enorme variedad de razas negras y de idiomas. En ciertas zonas no se ha pasado de la etapa económica de la caza —los hotentotes—; en las zonas principalmente desérticas hay tribus nómadas que viven del pastoreo; en el norte hay una industrialización incipiente. Una enorme mayoría vive organizada en clanes, reunidos en tribus. Las religiones varían desde el fetichismo y el panteísmo hasta la religión revelada islámica, más evolucionada (hay una gran tendencia actual a la adopción de dos religiones, la islámica y la cristiana, como un paso hacia adelante en la religión). Estos factores de división —razas, organizaciones tribales, religiones— forman la gran debilidad africana.

## la independencia

Las independencias nacionales no han dejado a estos países en una buena postura para defenderse en la vida internacional. Se suele acusar a los líderes de la independencia africana de falta de paciencia, de haber conquistado las independencias antes de tiempo; y a las naciones europeas de apresuradas al concederlas. «Faltaban cincuenta años para la madurez», se suele decir. Estas críticas se habían acallado durante un tiempo y se reproducen ahora. Son tan injustas ahora como entonces. Hay que pensar que en cualquier momento de la historia que se hubiera concedido la independencia a las naciones africanas hubiesen faltado siempre cincuenta años, hubiese habido siempre un foso de medio siglo entre ellas y las naciones de desarrollo superior: porque uno de los factores esenciales del colonialismo ha sido el de conservar un retraso en las poblaciones colonizadas. Por otra parte, el movimiento de independencia se presentó con una fuerza histórica: es decir, irreversible. Los viejos europeos suelen acusar a los Estados Unidos de haber fomentado estos movimientos de independencia con objeto de desplazar a las potencias europeas y sustituirse a ellas mediante un neocolonialismo económico, al ejemplo de su actuación en Iberoamérica. Sin desdeñar este factor, tampoco se le puede tomar como determinante. Las independencias se producen a raíz de una *toma de conciencia* por la cual el africano advierte su situación de injusticia: es un movimiento muy similar al de determinadas clases proletarias en Europa, frente a la burguesía industrial: cuando estas clases advierten que su situación de inferioridad no está determinada por *factores de destino* o de ordenación definitiva de clases inalterables, abandonan la resignación para producir las luchas sociales que aún no han terminado. No es difícil encontrar las causas de esta toma de conciencia africana, y por qué precisamente se producen en nuestro tiempo: la abundancia de información, la propaganda política, la extensión de las doctrinas sociales europeas a partir de la revolución francesa y de la revolución rusa, la emigración de trabajadores a países desarrollados son, sumariamente, algunos de los hechos que producen la independencia. Puede advertirse que la mayor parte de los líderes africanos han sido estudiantes en la metrópoli y han advertido que las barreras de raza son ficticias. En cualquier ejemplo histórico de independencia que examinemos —y España puede ser un ejemplo en el que el caso se repite— advertimos que la nueva situación coge al país en una posición incómoda, escasamente racional. La ocupación previa, la colonización previa y la movilización de energías para el combate lo ha hecho así. La división actual de Africa en países es antinatural; las fronteras se han establecido no teniendo en cuenta los obstáculos naturales (geográficos) dentro de los cuales se encerraban grupos determinados; factores de supervivencia económica; agrupaciones lingüísticas o étnicas. Las fronteras de los países africanos eran un reflejo de las luchas europeas y de las guerras entre europeos; la economía de los países africanos se ha desarrollado en función de la economía metropolitana; la limitación de educación de los africanos se ha realizado en tanto que eran necesarios como simple mano de obra para las potencias europeas. Las dificultades fronterizas de Marruecos y Argelia, planteadas dramáticamente hace unos años, procedían de una división arbitraria hecha por los franceses entre lo que consideraban protectorado y lo que consideraban provincia francesa; las mismas dificultades de Marruecos y Mauritania proceden de

SIGUE

una situación colonial. Para completar el cuadro, la emigración de los europeos ha trastocado totalmente los ritmos de producción. Los europeos eran los técnicos y los científicos de África, porque no habían permitido más que muy escasamente el acceso de los africanos a situaciones privilegiadas. Hay dos razones para su emigración: una de ellas su propia situación psicológica, que les impide verse tratados como extranjeros en países en los que antes eran dueños y por personas que eran sus siervos; otra, que los países africanos están en pleno sarampión nacionalista. Es también un caso lógico y ha ocurrido muchas veces en la historia. Los factores de nacionalismo y de religión autónoma se han reforzado en la lucha por la independencia; de esta forma los africanos se encuentran con todos los límites del nacionalismo estrecho en un momento en que el mundo tiende a los internacionalismos, lo cual contribuye actualmente a su dificultad de adaptación.

## el desgaste del poder

Los políticos africanos que tuvieron acceso al poder a partir de 1960 se encontraron con un entusiasmo sin límites pero con una situación difícil. En general, procedían todos de una cierta aristocracia africana. Procedentes muchas veces de familias poderosas, esta situación les habían permitido estudiar en los países que les colonizaban o servir en sus ejércitos. Se les había enseñado a gobernar con mano dura por temor a la posible anarquía procedente de todas las divisiones —tribales, religiosas, idiomáticas— de sus países, y a la falta de preparación de sus pueblos. Ninguno —o casi ninguno: hay excepciones escasas— de los países africanos pasó de la colonización a la democracia. «Todo el mal —escribe un africano, el tunecino Bechir Ben Yahmed— viene de esto: ausencia en nuestros países de toda libertad de discusión y de expresión, sea en el interior, sea en el exterior del partido único; ausencia de toda garantía para todos los ciudadanos, cualquiera de los cuales puede ser encarcelado durante meses o años sin que la opinión lo sepa y sin que un tribunal le juzgue; ausencia de sanción para la acción gubernamental, a no ser unas elecciones que no tienen significación... o el golpe de Estado. No hay ninguna protección contra los abusos, el nepotismo o el favoritismo». ¿Cuáles son las soluciones? El mismo autor apunta éstas: «En primer lugar, el respeto a los derechos del hombre. Que nadie pueda ser detenido sin ser entregado inmediatamente a la justicia y sin beneficiarse de los derechos universales de la defensa. Que se cree inmediatamente (o se recree) un poder judicial, independiente del ejecutivo y respetado por él; que la censura de prensa desaparezca: una prensa libre, pero subordinada a las leyes, es la principal defensa contra los abusos fáciles. Que los sindicatos encuentren de nuevo su papel y su autonomía. En fin, que se admita legalmente una oposición. Podría ser, en nuestros países, para evitar los abusos de libertad, única; un partido en el poder y el derecho —constitucional— para todos aquellos que no están de acuerdo con él de agruparse en el país y en la Asamblea en un solo partido de oposición que pueda desarrollar sus ideas y llegar al poder si las elecciones le dan la mayoría» (los subrayados son del autor).

Los hombres que tomaron el poder en el momento de la independencia eran probablemente los mejores, los más preparados de sus países. Pero los cuatro, los cinco años transcurridos han acabado con ellos. Su generación sin duda se ha quemado. Se les ha acabado la reserva de ilusiones y de esperanzas que traían consigo. Muchos pueblos africanos se han dado cuenta de que simplemente han cambiado de amos. La pobreza, el hambre no se han mitigado. Y hay que tener en cuenta que cuando se habla en África de hambre, de pobreza o de miseria no pueden aplicarse las escalas de valores que empleamos comúnmente en Europa: es todo infinitamente más dramático. Muchos de los funcionarios que han emergido de la independencia sólo pueden salir de esa pobreza dejándose caer en la tentación de la corrupción administrativa, del abuso de poder. Se han constituido en una nueva democracia. Si les pagan salarios altos para permitirles la pureza administrativa, se les sitúa en un nivel de vida enormemente superior al del trabajador común y se crea una nueva clase; si les pagan los salarios que realmente corresponde al nivel del país, no se puede evitar que caigan en la corrupción. Los dirigentes políticos no son capaces de enderezar una situación que se les va de las manos; como reflejo de defensa, tienden a cerrar las salidas normales para la renovación del poder por medios pacíficos.

La consecuencia es que, desgastados los poderes absolutos en cinco años durante los cuales no han podido modificar el contexto miserable de sus países; cerradas las salidas normales, se produce ahora el abanico de golpes de Estado, que se resuelven prácticamente en una noche. Porque el poder se ha vaciado de contenido por dentro y no tiene defensa real.

## unidad y ayuda

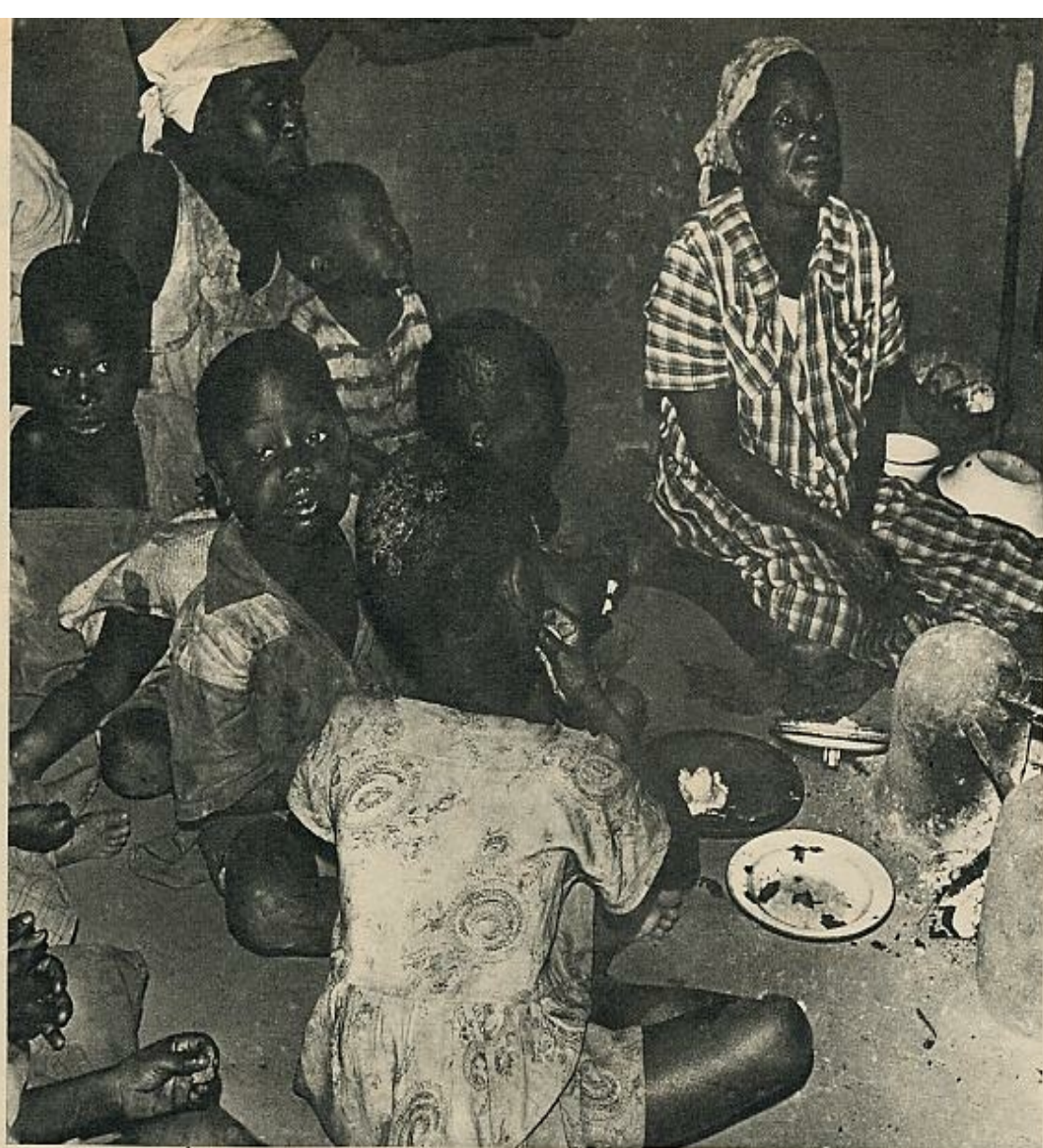
Una serie de pensadores africanos privilegiados —Mohamed V. Lumumba, el propio Nasser, la «vieja guardia» argelina— entendieron desde los primeros momentos de las independencias dónde estaba la debilidad de África y trataron de remediarla urgentemente mediante la creación de organismos de unidad: las distintas agrupaciones regionales —como la carta de Casablanca, la Liga Árabe, la unidad mogrebí, el pacto de Monrovia...— que fueron después a fundirse en un organismo interafricano, la O. U. A. (Organización de Unión Africana). El organismo ha degenerado rápidamente. Por una parte, la presión de los bloques mundiales; por otra parte, la tendencia a ampliar desmesuradamente el ecumenismo del desarrollo —unión afroasiática— antes del tiempo de madurez, hicieron difícil su tarea. Finalmente, la O. U. A. tiene una tendencia a convertirse en un club de jefes de Estado que se apoyan unos a otros para mantenerse en el poder. Ha tenido, y tiene hasta ahora, una enorme eficacia: evitar guerras entre países africanos, resolver con una medida pacífica los distintos conflictos que se planteaban entre ellos. Pero los grandes designios sobre los que se fundó no han dado hasta ahora el resultado esperado. Es evidentemente pronto. La ONU tiene 21 años y no ha logrado la unidad entre naciones de superior desarrollo africano; la O. U. A. nació en junio de 1963. No tiene aún dos años y medio. Sus esfuerzos por evitar la balcanización del continente, y por presentar un frente político unitario respecto al Este y al Oeste, son importantes. En la O. U. A. está el embrión del futuro de África.

El presente, por ahora, está en elevar su nivel de vida y en tratar de liberarse lo más pronto posible de la ayuda económica exterior que termina por corromper su política. Y que, finalmente, la mantiene a nivel de hambre. El presidente Johnson ha dicho recientemente que la ayuda a África —a los países subdesarrollados en general— les permite cubrir progresivamente sus necesidades, pero muchos observadores niegan que esto sea así. «Esto es cierto en lo que se refiere a un limitado número de países, pero para la mayor parte de ellos es una utopía» —escribe el *New York Times* (17 de ene-



En cualquier momento de la Historia que se hubiera concedido la independencia a las naciones africanas hubiese habido un foso de medio siglo entre ellas y las de desarrollo superior: uno de los factores esenciales del colonialismo ha sido el de conservar un retraso en las poblaciones colonizadas.

## AFRICA



La pobreza, el hambre, no se han mitigado. Y hay que tener en cuenta que cuando se habla en Africa de hambre, de pobreza o de miseria no pueden aplicarse las escalas de valores que empleamos comúnmente en Europa. Es todo infinitamente más dramático.

ro). «El rápido crecimiento de la población en Africa, en la India y en Iberoamérica sobrepasa en mucho a los bienes de consumo. La diferencia entre países subdesarrollados y países industrializados aumenta continuamente, provocando peligrosas tensiones y una situación explosiva. El programa norteamericano de ayuda al exterior no resuelve sus problemas. Mientras estos países necesitan que su ayuda aumente, los Estados Unidos reducen su asistencia. Además, de los 3.500 millones de dólares gastados por los Estados Unidos sólo 2.000 millones se destinan a la ayuda económica. El resto se utiliza para fines militares».

### nigeria

Considerables diferencias separan los cinco países que en estos dos últimos meses han sufrido golpes de estado. Sin embargo, todos estos datos que acabo de exponer les son comunes. Nigeria —el último país alcanzado, hasta nueva orden— es un compendio de todos ellos. Es el más rico; sin embargo, es aquel donde las divisiones tribales, religiosas y lingüísticas son mayores, donde el reparto de la riqueza es más desigual. Sus fronteras están delimitadas por el confrontamiento en Europa de Francia, Gran Bretaña y Alemania. Su nacimiento, una compañía comercial (la United Africa Company, de Sir George Goldie, en 1879, absorbida poco después por la Lever Brothers Ltd. hoy conocida con el nombre de Unilever). El norte nigeriano es islámico, el sur es animista, y dividido entre los yurobas —tribales— y los ibos —anarquizantes—. El Norte tiene una conciencia de superioridad de clase —religión más evolucionada, organización más política—; un hombre, el *Sardauna* —o Sultán— de Sokoto, preside el partido más fuerte del país, el *Northern People's Congress* y domina la federación: el primer ministro (raptado) Sir Abubakar Tafawa Balewa (elegido en 1960) es su lugarteniente. El sistema electoral les favorece: de los 55 millones de habitantes, 30 millones habitan el norte (cifras negadas por los otros partidos). Las otras tres regiones de la federación de Nigeria —occidental, oriental y media— han creado poco a poco un «espíritu del sur», una cierta unidad. La región oriental mantiene una

casi continua lucha «por la democracia en Nigeria». En torno a los nordistas se ha creado la inevitable nueva clase de funcionarios rapaces. Tres elementos clásicos de presión actúan incesantemente sobre el poder: el acceso a la vida pública de los nuevos universitarios, formados según normas menos tradicionales y más modernas; la angustia de las masas urbanas nutridas por la inmigración de los obreros agrícolas ante la imposibilidad de alimentarse; la ambición de poder de los políticos que esperan su turno durante cinco años, durante los cuales el inmovilismo se ha fijado. El vehículo para modificar esta situación es en Nigeria, como ha sido en los otros países africanos, el Ejército. El Ejército aparece en los países africanos —como en muchos países asiáticos— más próximo al pueblo que al poder político; suele en Africa ofrecer una especie de garantía de unidad. En Nigeria, sin embargo, el Ejército está dividido por las razones geográficas, tribales y religiosas; ello ha hecho que el movimiento del Mayor-General Ironsi —oriundo de la provincia oriental— no haya podido instalarse fácilmente en el poder, y que las divisiones del Ejército le amenacen incluso en el momento en que escribo estas líneas.

### provisionalidad

Todas estas modificaciones del mapa político africano no deben considerarse más que como provisionales. Hay que partir de la idea de que todo en Africa es, por el momento, provisional. Los datos esenciales de la sociedad africana son el hambre (alimentación inferior a las 1.750 calorías por individuo y día), el crecimiento demográfico (situado en la actualidad en un 2 por ciento) y la revolución social que se manifiesta en el abandono de las formas tribales de gobierno, en la sustitución de la familia por la pareja, en la agrupación en núcleos urbanos de las poblaciones agrícolas, en la evolución de las religiones fetichistas y animistas a formas más desarrolladas de pensamiento. Los motores de reivindicación que se pusieron en marcha para la lucha contra el colonialismo no se pueden detener. Poco a poco —o mucho a mucho, teniendo en cuenta la aceleración de estos movimientos— van tendiendo hacia formas más justas de vida.